

# Espectadores

Animal



## Capítulo 1

Todas las tardes acudíamos maravillados al interminable desfile de hembras (las llamábamos hembras, quizás para negar el miedo que les teníamos, definitivamente para negarnos). Así, como observadores silenciosos, íbamos sintiendo el abismo que se abría entre nosotros y ellas, ensanchándose con cada mirada difusa que compartíamos. Las reacciones a nuestra pasividad eran múltiples: unas seguían su camino, indiferentes; otras miraban sucintamente, o de reojo, o con calculado retraso, pero definitivamente miraban; algunas hasta mantenían la mirada lo suficiente como para empezar a esbozar una tímida sonrisa que se borraba al instante; pero lo común era que ninguna de esas reacciones nos hacía salir de nuestra pasividad.

Una tarde de sol radiante, de esas que te obligan a buscar protección techada no por el calor sino porque el deslumbramiento borra las siluetas de las hembras, descubrimos, como si tal cosa, que un montón de ellas se apilaban ante el escaparate de una tienda de animales. Debían ser al menos unas treinta, todas con sus atavíos de colores y sus cuellos largos y sus curvas precisas, todas danzantes y sonrientes y lejanas. Al principio mantuvimos nuestra rutina usual, las observamos a una distancia prudente, camuflados por el desinterés que evocaba nuestra pasividad de manos en los bolsillos. Pero después de un par de horas la curiosidad pudo más que nosotros, vimos irse a montones y llegar a otras tantas, y el total debe haberse renovado al menos unas diez veces, pero seguían allí apretándose extasiadas ante el escaparate. Así que con cautela nos acercamos y nos fuimos abriendo paso entre ellas, disculpándonos sin querer mirarlas, ardientes de culpa.

Lo que encontramos al otro lado del vidrio era nada menos que una anaconda gigante y negrísima, que se levantaba sobre su cuerpo y miraba atentamente a su público, zigzagueando de un lado a otro y batiendo la lengua con tremenda velocidad. El espectáculo no podía ser sino terrorífico, pero las hembras (ahora sí las miramos) se erguían hipnotizadas por el reptil, siguiendo los movimientos viscosos de su cuerpo con los ojos bien abiertos. Lo primero que pensamos (y ahora estoy seguro de que lo pensamos al mismo tiempo, aunque en ese momento no hayamos podido comunicarlo) fue que nos encontrábamos ante algo nuevo y maravilloso, algo que no habíamos podido siquiera sospechar en todas nuestras jornadas de observación. Todavía ignorábamos la naturaleza de ese algo, pero su presencia nos anticipaba a futuros cálculos y nuevos entendimientos.

Entonces ocurrió lo impensable, lo que echaba por tierra cualquier esperanza de lograr una comprensión que acercara la distancia: una a una comenzaron a batir sus alas, elevándose apenas sobre nuestras cabezas, proyectando sombras ambiguas en las baldosas, para luego salir

disparadas en todas las direcciones, dejando una estela de plumas oscuras que flotaron por largo tiempo meciéndose en el aire, y a lo mejor, quién sabe, aún siguen allí.